

Un ejemplar esfuerzo editorial: en el centenario de los “Anales de la Universidad”

Por Fernando Mañé Garzón

En: Gaceta universitaria. – Año 5, nº 2 (dic. 1991), p. 33-34.

I

En el mes de noviembre de 1891, bajo el segundo Rectorado de Alfredo Vásquez Acevedo (1884-1893), apareció el primer volumen de una revista que ocupa un lugar preferencial en la historia de nuestra cultura: los *Anales de la Universidad*. Cumplido ya su centenario, no se puede dejar pasar esta ocasión sin recordar la trayectoria y enjundia de esta publicación que llegó hasta la entrega (se les llamaron así a partir de 1910 a los anteriormente llamados tomos) 169, fechada en 1955. Cubre pues un período altamente significativo de la evolución de la Universidad y de la cultura nacional.

Tiene además esta publicación el mérito de haber sido la primera que se publicará financiada con fondos públicos. Todos los esfuerzos editoriales anteriores, que fueron muchos y de marcada importancia en el desarrollo de nuestra cultura, tuvieron origen en esfuerzos personales o de sociedades científico-literarias que obtenían recursos de sus magros estipendios provenientes de las cuotas sociales del reducido mundo de los eventuales miembros.

II

Durante el siglo pasado, concretamente en su último cuarto, se publicaron en Montevideo numerosas revistas de finalidad cultural a la vez que humanística y científica. Las principales de ellas, que guardaron estas características, fueron el *Boletín de la Sociedad de Ciencias y Letras* (1877-1887), la *Revista de la Sociedad Universitaria* (1884-1885), los *Anales del Ateneo del Uruguay* (1880-1886) y los *Anales de la Universidad* (1891-1955). Todas ellas dieron cabida en sus páginas a trabajos ya sea de interés docente, ya de prédica ideológica o de intención polémica, ya verdaderas contribuciones de investigación científica original. En ellas, además, se puede apreciar, desarrollándose en el tiempo, la progresiva adecuación creativa en el contexto general del desarrollo del conocimiento en ese fin de siglo. La ideología liberal, racionalista pero sobre todo positivista spenceriana con francas expresiones del materialismo científicista, eclipsa casi desde el principio el viejo espiritualismo de la Universidad Vieja, con algunas esporádicas expresiones de esa última ideología, e incluso de tono confesional.

III

La Universidad de la República, propuesta en 1839 y fundada formalmente en 1849, puede sistematizarse para su apreciación global y sintética en cuatro períodos, nítidos, bien definidos y caracterizados formal y conceptualmente.

En el primero, llamado de la Universidad Vieja (1849-1885), es un instituto de cultura superior menguado en sus propuestas de estudio, en recursos así como en alumnos. Puede resumirse su representación en Fermín Ferreira (1809-1867), el Rector que más tiempo la condujo (1859-1867) y en Plácido Ellauri, representante paradigmático del período (Rector entre 1871 y 1873, así como desde febrero de 1875 hasta julio de 1876), figura singular de este capítulo romántico y querido conductor de generaciones que

llevaron el sello de su espiritualismo ecléctico. Una sola facultad con cierta organización, la Facultad de Derecho, reunió la inquietud de afanosos estudiantes, pues la Facultad de Medicina, si bien creada al final de este período, no logrará una organización nacional sino en el siguiente.

El segundo, que se inicia con la penetración positivista en nuestra incipiente cultura, es un período de luchas políticas e ideológicas que ha quedado plasmado en polémicas de relevante interés histórico y social, período en el que se formaron los que sentarían las bases de un pensamiento nacional que florecería recién en la primera década de nuestro siglo. Puede delimitarse este período entre 1885 y 1905. Fue la figura señera de Alfredo Vásquez Acevedo (1844-1923), quien con una decidida vocación docente, con una clara visión universitaria y de independencia política sentó las bases de una organización institucional basada en un liberalismo sin claudicaciones, en un pensamiento claro y combativo, identificado con el positivismo spenceriano. A la adscripción a la Universidad de los estudios secundarios se le integró la creación, por vía de cátedras (no de institutos ni de estructuras funcionales complejas), de nuevas facultades: Medicina (1876), Ingeniería (1885), Arquitectura (1890), las que en la segunda mitad de dicho período adquirieron así su estructura formal ya definitiva. Es en este período que se inicia la publicación de *Anales de la Universidad*. De él llevará indudablemente su sello.

El tercer período, que podemos situar entre 1905 y 1958, está centrado en la figura de su Rector más influyente: Eduardo Acevedo (1857-1948) y la de filosofía de la experiencia, sabiamente impartida por Carlos Vaz Ferreira, y el idealismo esteticista de José Enrique Rodó. En admirable gestión condujo Acevedo la Universidad entre 1904 y 1907. Coinciden aquí y por un largo período los intereses de la Universidad y los de la figura predominante y mayoritaria de la política nacional: José Batlle y Ordóñez. Período éste diferente aunque natural continuación del anterior. Período profesionalista y diversificado, la universidad proveedora de profesionales liberales, formados en facultades integradas a la Universidad (ingenieros civiles, arquitectos, médicos, odontólogos, farmacéuticos, parteras, abogados, escribanos) o propendiendo a la creación de escuelas profesionales en ciencias aplicadas a la industria agropecuaria, que por razones presupuestales o políticas no se integraron inicialmente a la Universidad, como la Escuela de Agronomía y la Escuela de Veterinaria, creadas en 1905 (no serían facultades ni se integrarían a la Universidad sino a partir de 1934), dependieron hasta entonces del Ministerio de Industrias, prueba clara de la intención profesionalista o estructural técnica de su creación.

El cuarto, el que quizás aún transitamos, se inicia, luego de un período de segregación, maduración y federación profesional, docente y estudiantil, con la conquista de la creación de una facultad de intención no directamente profesionalista pragmática, con la aprobación de la Ley Orgánica de la Universidad en 1958. La Universidad, sin dejar de ser profesionalista, cambia de concepción, o sublima su concepción, ya de larga data anhelada por universitarios visionarios como Augusto Turenne y grupos estudiantiles inspirados en la concepción triunfante en el Manifiesto de Córdoba de 1918. Surge, madura y gravita una concepción universitaria de franca influencia latinoamericana, volcada y orientada a la comunidad, popular y humanista, concebida en la convivencia consustanciada de sus órdenes de estudiantes, docentes y egresados. Se vuelve casi al concepto inicial de la Universidad (*studium generale, universitas*, para todos, de todos y con todos) que surgió en la Edad Media. El cogobierno universitario con total

independencia del Poder Central, del poder político. Este período se puede centrar también en el conductor que hizo posible esta nueva universidad: Mario Cassinoni (1907-1965) quien, como Decano de la Facultad de Medicina (1951-1956) y luego como Rector (1956-1964) llena con su tesón, con su capacidad y energía, tránsito tan difícil.

IV

Es pues como expresión de los dos períodos centrales en que hemos esbozado la historia de nuestra Universidad que se inscribe la importante publicación *Anales de la Universidad*.

1. Quien quiera seguir los diferentes pasos de la administración de la Universidad, encontrará todos los elementos esenciales que le permitirán profundizar luego, en estudio de archivo y de las actas del Consejo, los puntos de su interés.
2. Se discuten y publican los planes de estudio y los programas de las materias respectivas. Es particularmente rico en los de la Facultad de Derecho, y ya en los primeros volúmenes quedan publicados los programas de la mayor parte de sus cursos. Oportunidad de exámenes, integración de tribunales de reválidas, entre otros temas.
3. Son particularmente importantes la publicación de los cursos dictados por profesores de Enseñanza Secundaria Superior en las materias básicas: cosmografía, por Nicolás N. Piaggio, zoología, por Carlos Berg, destacado naturalista alemán contratado para dirigir el Museo Nacional, sección de botánica, por José Arechavaleta, curso de literatura, por Samuel Blixen. En sus páginas se publicaron las obras más importantes de nuestro primer filósofo Carlos Vaz Ferreira, tales como *Lógica viva*, *Sobre problemas sociales*, *Lecciones de psicología*. Constituyen estos cursos un verdadero esbozo de lo que, de seguir desarrollándose, hubiera naturalmente culminado en la creación de una facultad de filosofía, ciencias y letras, la que sin embargo debió esperar medio siglo en concretarse.
4. Es particularmente rico el material sobre derecho, en el que, aparte de puestas al día de temas sobre derecho civil, comercial, penal, se destacan trabajos de mayor aliento o de investigación jurídica, que firman, entre otros, Gonzalo Ramírez, Eduardo Acevedo, Justino Jiménez de Aréchaga, Eduardo Acevedo, Carlos M. de Pena, Juan Pedro Castro, Pablo de María, José Irureta Goyena. Se resumen o enumeran tesis presentadas e incluso se publican muchas de ellas en su integridad. La historia de una ciencia jurídica tiene en esas páginas una riquísima fuente documental que creo no ha sido aún suficientemente valorada.
5. Son numerosas las contribuciones al estudio de la historia nacional. En primer término, debemos destacar que en varias “entregas” se publicaron los nueve volúmenes de los *Anales Históricos del Uruguay*, de Eduardo Acevedo, primera historia analítica y concreta de nuestro país desde sus orígenes hasta las primeras décadas de este siglo. Otras contribuciones originales completan la participación en la investigación histórica.
6. La ciencia política y económica cuenta con monografías de importancia: componentes del intercambio de exportaciones e importaciones, a cargo también de Eduardo Acevedo, contratos internacionales, problemas de límites, acuerdos bilaterales, y otros tantos temas.

7. La investigación médica ocupa un lugar preferencial en la evolución publicitaria de los *Anales*. En ella se difunden los primeros trabajos, los primeros libros (pues así circularán, como publicaciones independientes) sobre medicina realizados en el país. Entre 1917 y 1919 aparece la obra mayor de Juan B. Morelli (1868-1948) gestor y múltiple profesor de nuestra naciente Facultad de Medicina, talento múltiple al par de generoso y bueno, “El Neumotórax artificial y otros tratamientos quirúrgicos de la tuberculosis”, primer intento eficaz contra esta terrible enfermedad, obra que sigue siendo un hito en la historia de la lucha contra dicho flagelo. Las “Lecciones sobre Enfermedades del Hígado”, de Américo Ricaldoni, cuya amplia repercusión continental fue notoria, y que aún hoy pueden y deben leerse con provecho. Por último las contribuciones de Lorenzo Mérola, cirujano admirable, jefe de escuela, sus aportes describen hallazgos anatómicos, síndromes nosológicos y técnicas de abordaje quirúrgico que han perdurado. A estos aportes fundamentales debemos agregar trabajos de intención original, que sería largo de enumerar, como los firmados por Alfredo Vidal y Fuentes, Felipe Solari, Arnaldo Berta, Benigno Varela y Fuentes, entre otros.
8. En la ingeniería nacional son de relevancia las tesis publicadas en los *Anales*. Sólo recordaremos las de Eduardo García de Zúñiga y la de Juan M. Monteverde.
9. La arquitectura también está presente en planes de estudio, proyectos y concursos para obras nacionales, planos de adecuación edilicios.
10. Las ciencias agrarias ocupan, curiosamente, un lugar menor, pero no dejan de estar presentes con cuidadosos estudios y toda la tramitación para la creación de las Escuelas de Agronomía y Veterinaria, contratación de profesores extranjeros, aparte de otros temas.
11. Las constancias de visitantes ilustres son motivo de crónicas del más alto interés, tales como las de Hans Drisch, el embriólogo alemán creador del neovitalismo, de Aloysio de Castro, figura eminente de la medicina brasileña, Jiménez de Azúa, el famoso jurista, de H. W. Florey, Premio Nobel de Medicina por el descubrimiento de la penicilina, y tantas otras.
12. Por fin, la historia de la ciencia uruguaya no dejará de contar en esta publicación con biografías, informes de cátedras y otros documentos. Son de especial importancia las memorias, publicadas por Eduardo Acevedo, de su gestión en 1905 y 1906, en las que publica una descripción documentada por informes de los antecedentes de la actuación de cada una de las cátedras que conforman la Universidad de la República. Serán siempre fuente de referencia esencial en la historia de nuestra cultura. Un volumen entero está dedicado a la biografía del gran Rector de fin de siglo, Vásquez Acevedo, y otro a describir las dependencias de la Universidad, sus institutos, bibliotecas, laboratorios, oficinas, profusamente ilustrado. Merece destacarse la publicación de una extensa *Historia de la Física*, obra de Paul Schurmann, nuestro primer historiador de la ciencia, con prólogo de Eduardo García de Zúñiga, que guarda el mérito de ser la primera historia de esta ciencia escrita en español.

V

Este esfuerzo editorial encomiable fue sin embargo cortado justamente cuando la Universidad va a iniciar su cuarto período, tres años antes de sancionarse la Ley Orgánica de 1958. Como en épocas anteriores, debieron los *Anales* acompañar este

cambio, que ya se dejó insinuar en sus últimas entregas, pero no fue así, cundiendo el esfuerzo seguramente hacia afianzar los cambios sustanciales que implicaba dicha transición. Hoy, a cien años de la aparición de su primer volumen y a casi cuarenta de su interrupción, anhelamos que la Universidad vuelva a tener esta tribuna publicitaria (como han conservado y continuado la publicación de sus anales hasta hoy la Universidad de Santiago de Chile, desde 1873, y la de Buenos Aires, desde 1883), con las modificaciones que marque la evolución cultural del país y de la Universidad en particular, abarcando aspectos menos concretos y profesionales para albergar aspectos más generalistas, de humanismo clásico y científico, de gravitación artística, de compromiso con la comunidad, política de la ciencia, propuestas de investigación científica y alta divulgación. Un rasgo prominente de nuestra cultura es ser el país del esfuerzo discontinuo y del arrepentimiento tardío. Se concreta una obra y esta raramente perdura en su inicial pujanza más de una generación. Los sucesores, celosos de prestigio, la dejan apenas sobrevivir cuando no caer o, considerándola anticuada, sin potenciar el esfuerzo anterior, copian un nuevo modelo del país considerado la metrópoli de turno. Luego, cuando ya se ha destruido, casi, aquel ingente esfuerzo, se le ensalza y se destacan los valores. Se procede a su inhumación, a juntar los restos dispersos muchas veces ya por el tiempo en delicia de investigación arqueológica. Así se ha procedido en la recuperación de nuestros institutos y bibliotecas. Invitamos a hojear el volumen 11 de los *Anales de la Universidad*, dedicado a mostrar las dependencias de la institución en 1900, sus salones de clase, bibliotecas, salas de sesiones del Consejo universitario, despacho del Rector. Serían hoy el orgullo de cualquier Universidad del mundo. Todo ello se destruyó, sin dejar rastro.

Se hace más palmaria también esa insensibilidad en la conservación de los edificios históricos, que se quieren recuperar cuando ya son sólo paredes: la casa de Antonio Pérez en el Arroyo Seco, donde se firmó la rendición de Montevideo, con lo que se dio fin a la dominación española en el Río de la Plata, hoy desolada ruina; la casa de Manuel Oribe, singular figura de estadista, que tanto enorgullece al Partido Nacional, pero que no supo honrar preservando su hermosa casa como símbolo de su personalidad y albergar en ella sus recuerdos; hoy son sólo paredes y rejas. Actuales víctimas son la Vieja Universidad, cuyo alhajamiento ya comentamos, abandonada por la Facultad de Ingeniería y luego por la de Humanidades y Ciencias durante el ignominioso gobierno universitario de la dictadura, y el Asilo de Huérfanos y Expósitos, otra manzana edificada sólidamente que se desafectó durante casi cuarenta años sin beneficio para nadie, y que la depredación y la meteorización han concluido con su mayor parte. Tenemos, por fin, que el mismo destino le cabría a la Estación Central, armónico monumento, obra de Luis Andreoni, de no mediar una acción urgente de preservación, que podría transformarla en un centro museístico y cultural similar al que en París se logró con la Gare d'Orsay.